

LA OTREDAD EN LA OBRA DE ANDRÉS SABELLA: EL INDÍGENA, EL NIÑO Y EL OBRERO PAMPINO. NOTAS PRELIMINARES

* Historiador. Universidad Católica del Norte. Correo electrónico: jagonzal@ucn.

José Antonio González*

cl. Andrés Sabella en su copiosa obra trató variados temas de la realidad nacional, en esa incursión, queremos destacar cómo, a partir de su propia experiencia vivencial, la pérdida de su madre, el conocer al obrero salitrero, su causa por los “otros” no considerados por la sociedad, lo condujo a romper determinados estereotipos en nuestra literatura; haciendo un esfuerzo, por comprender en la “diferencia”, el ser niño, la formación humana del obrero pampino, como sujeto social admirable, y la realidad del indígena, mapuche y atacameño, donde su conocimiento, de modo paradójico, fue más accesible al primero.

La inclusión de estos sujetos sociales a su obra no sólo le permitió apreciar las marginalidades en el fenómeno social nacional sino dedicar, en lo fundamental, su obra poética hacia los niños, la “alteridad” sustantiva de todo ser: el que ha gozado la presencia de su madre en su formación y aquél que sólo puede sublimar su ausencia.

Palabras claves: Literatura - Pampinos.

Andrés Sabella, in his profuse work dealt with various topics regarding national reality. In this paper, we want to highlight how, from his own life experiences- losing his mother, knowing the nitrate mine worker, worrying about “others” not considered by society – led him to destroy certain stereotypes in our literature, making an effort to understand the “differences” of being a child, the human growth of the desert worker as an admirable social subject, and the reality of the indigenous -mapuche and atacameno- where knowledge was paradoxically more easily accessible for the former.

The inclusion of these social subjects in his work not only allowed him to appreciate the marginalities in the national social phenomenon but also basically to dedicate his poetic work to children, the substantive “alterity” of every being: the being that has enjoyed the presence of his mother during his growth and the one who can only sublimate her absence.

Key words: Literature - Pampeans.

INTRODUCCIÓN

La obra de Andrés Sabella Gálvez (1912-1989) demarca gran parte de la literatura del Norte de Chile, por lo que se transforma en una fuente de información del territorio y sus gentes.

Sabella se adscribió a dos tendencias estéticas claramente señaladas: la *imaginista* liderada por Salvador Reyes (González Pizarro; 2003) y la *neorrealista*, más propia de los autores que concentran a la generación de 1938.

Queremos en estas líneas exponer sucintamente cómo se gesta el “otro” en su producción literaria; un “otro” que, de manera dialéctica, Sabella desvelará de lo oculto que se halla en el medio social, por prejuicios, exclusiones estereotipadas, para ponerlo en una perspectiva creadora.

Hemos elegido tres temáticas que para Sabella constituyeron también un descubrimiento literario, una introspección en su existencia y una incursión histórico-literaria.

La existencia del “otro” para Sabella supuso opciones variadas según se trate del niño, del indígena y del obrero pampino.

De esta manera, habrá que tentar dos aproximaciones a la materia que tratamos:

1.- La pregunta por el “otro”: ¿Quién es el otro? ¿Qué es el otro?. Lo cual nos conduce a la *distinción* imprescindible ante variados tipos de personas y/o sujetos. Esta distinción no sólo constituye separar sino asignar una *identidad* al “otro”. Una mirada desde una identidad urbana, letrada, forjada bajo los cánones culturales de lo lógico-positivista, repara en la “alteridad” que no encuadra del todo en la “asimilación” de la identidad referencial, salvo algunos elementos de historia social, importantes, como veremos, precisamente, para poder replantear *su* propia identidad social y literaria.

En consecuencia, nos hallamos en el tránsito desde las categorías de distinción para contextualizar el contexto intercultural en el cual se va a mover Sabella (Zimmermann-Bierbach, 1997: 105) hacia el conocimiento necesario de saber ¿quién es? ¿qué es?

2.- El conocimiento de la *alteridad* en todo su sentido orteguiano, tanto del sujeto social como de su entorno (Ortega y Gasset; 1939) conlleva a nuestro

autor adentrarse al *reconocimiento* en la perspectiva hegeliana: acoger la *diferencia* legítima (Cruz; 2001).

Pero, ese reconocimiento del “otro” lo conduce a senderos que bifurcan su propia obra. En este sentido, cabe consignar tres aspectos a tener en cuenta:

a) Sobre el tema del “otro” indígena, donde Sabella *conoce* lo realizado por autores contemporáneos suyos, como Fernando Santiván, Luis Durand, Marta Brunet, Daniel Belmar o Reinaldo Lomboy, fundamentalmente por ser sus obras sobre la temática mapuche de la década del 40' (Pinto Rodríguez; 2.003: 259-271). Pero, también *conoce* lo exiguo de las referencias sobre el pueblo y la cultura atacameñas. En este ámbito habrá que reparar que Ricardo E. Latcham y Aníbal Echeverría y Reyes eran los autores más conocidos, en el medio antofagastino, que se habían referido a la cultura atacameña. Echeverría y Reyes se había destacado junto con Vaïsse en dar a conocer su “Noticia de la lengua atacameña”, en 1890 (González Pizarro; 2003a). Más importante que estas referencias era el saber por Sabella que el poeta mejillonino Neftalí Agrilla había incursionado en el tema indígena atacameño en “El Alfarero indio”.

b) Sobre la cuestión del “otro,” niño, habrá que precisar tres dimensiones en la vida y obra de Sabella. Primeramente, la pérdida de su madre a temprana edad, y, por consiguiente, la evocación de su infancia truncada en ese afecto; seguidamente, la incursión sobre una poesía para niños y no “infantil”. Expresión que refrendará en emotiva carta Gabriela Mistral, con ocasión de su poemario “Vecindario de Palomas,” de 1941, al indicarle “leí y celebré en muchas partes, agradeciéndole a cada paso el que se haya acordado de ellos y el que no trabaje solamente para los grandes. Y le he agradecido haber puesto en ello una infinidad de poesía- de metáforas y amor palpable- en ese libro pequeño y generoso”. Y, por último, ir al encuentro de los niños urbanos y de la pampa, para hacer parir la “creación” artística, ora lírica en la pampa de María Elena, o plástica en un colegio de Santiago. Aspectos que refieren de las posibilidades pedagógicas de raigambre rousseauianas en nuestro autor.

c) Sobre el tema del “otro”, obrero pampino, Sabella avanza hacia su encuentro de modo diferenciador: ha conocido al obrero industrial de Antofagasta, pero no se contenta con los *estereotipos* (Perrot-Preiswerk; 1979), pero sí recoge los frisos de “tipos” de hombres en la pampa que la literatura salitrera ha dibujado (González Pizarro, 1983; Bravo Elizondo-Guerrero Jiménez,

2.000). Su propia experiencia con la pampa calichera, adonde se dirige en 1933 cuando se ha reabierto la Oficina Pedro de Valdivia y, posteriormente, en la década de 1950 cuando, en el marco del Vagón Literario del Norte, es el coordinador académico de la Universidad de Chile en su Extensión Cultural nortina. En esos periplos recorre, conferencia, dialoga, trabaja en las Oficinas del cantón salitrero del Toco: María Elena, Pedro de Valdivia y José Francisco Vergara.

El conocimiento que obtiene lo complementa con las variadas entrevistas con los viejos salitreros de Tarapacá que pertenecieron a mancomunales o bien a la Federación Obrera de Chile. En este sentido, habrá que diferenciar los *arquetipos* que el construye sobre las figuras de Elías Laferte o Luis Emilio Recabarren, como se puede evidenciar en su poema “Recabarren” (Sabella; 1973:59-60), o el “Discurso desde la pampa” alusivo a Recabarren (Sabella; 1963), de las del obrero pampino anónimo.

Sentados estos presupuestos, observaremos cómo Sabella asume estas realidades de la *alteridad*.

EL NIÑO Y SU DESVELAMIENTO COMO “OTRO”

El descubrimiento del “otro”, niño, lo conduce a plantearse la diferencia sustantiva de su ser “niño” respecto a los demás: es el tema de la *ausencia*, pero no de cualquier ausencia, sino de una personalizada: su madre. Y, por contraste, la *presencia* sustantiva de sus tías (Sabella; 1957:72). Elocuente de este nexos es su poema “Patio de infancia” dedicado a “Tía Martina y sus animalitos” (Sabella; 1964). La “ausencia” es el “silencio del hogar”, como expresará en su poema “Tema de Gaviotas”:

*“Este canto de gaviotas
es un relámpago ciego en mi corazón.
Recuerdo mi infancia silenciosa,
Cuando cruzaban el cielo del hogar.”
(Sabella; 1963)*

La misma resonancia se encuentra en su poema “La infancia”:

*“Cuando comienza la tarde
a vestir de nubes los recuerdos,
salgo a buscarme,
preguntando al viento por un niño solitario*

empecinado en ser Mar.” (Sabella; 1978)

La relación lírica con la pérdida de su madre posee una reconstrucción metafórica. E incluso, se aprecia ya una constante que lo distinguirá en la poesía nacional: la capacidad lúdica. No sólo la metáfora sino que toda licencia lingüística constituirán sus herramientas para “armar” el juego de los sueños de los niños. Y en ese juego se inserta él en busca de la *ausencia* mayor de su infancia, como lo consigna en su poema “El hijo y la madre”:

*“-Mamá, ¿dónde estás?
-Dentro de la naranja.
-¡Entraré a besarte!
-¡Ay! No podrías.
-¿Qué es la naranja?
-Un laberinto de luz.*

.....
*¡Tú y el Mar, conmigo, hijo mío.” (Sabella;
1972)*

Sabella asume en la reconstrucción de su infancia el “papel” de “Un capitán de siete años”, como lo refiere en su poema “El Retrato” (Sabella;1963), que “busca” en el mar la pérdida fundamental, es en el mar donde puede construir la seguridad y el sueño de permanecer siendo niño. Su poema “El mascarón y el niño” asigna a su madre el lazo con el mar y todo lo constitutivo a él: un niño le expresa al “mascarón”: “Llamaré a mi madre para que te liberte. Después le pediré que me cosa a tu navío”. En la poesía de Sabella, su padre alimenta la quimera: “*Cuando en mi infancia / papá traía los veleros a casa*” *evocará en su poema “Le digo al mar”* (Sabella; 1963).

La predisposición de Sabella con los “otros” niños se manifiesta de modos diversos: el tratar de “representar” Chile en sus mentes y emociones, precisamente, trabajando aspectos de la cotidianidad, como pueden ser los juguetes, como un trompo y su significado simbólico:

*“Yo tuve un hermoso trompo; un trompo
que huía de mi diestra como un pájaro
en cuyas alas hubieran volcado su locura
todos los vientos.
Era grandote y bizarro. Lo vestían colores
vivísimos y podía imitar, perfectamente*

a un danzarín que bailase ciego por sus propios sueños.

Cuando caía en tierra, era un minero afanoso por hacer una inmensa herida y extraer de ella oro, oro, oro.” (Sabella; 1976)

Esa cotidianeidad apunta a proyectar en cada niño/a la “ilusión”, como “los niños con las manos repletas de bolitas son los millonarios insignes, dueños jubilosos de una vía láctea particular” (“Mundillos”), o la “cercanía” sentimental entre una niña y su muñeca: “El corazón de las muñecas de trapo es muy igual al de las palomas. Las muñecas de trapo no lloran. Pero sus ojos no se olvidan jamás” (“Las madrecitas”), se leen en varias páginas de su obra “Chile, fértil provincia,” escrito en 1946, que tiene como dedicatoria:

“NIÑO de Chile, éste es tu libro. Tu libro, como quien dice un jardín para tus ojos. Lo escribí de mi mano y en ella temblaban alas. Yo quiero que sea entre tus dedos un poco de luz maravillada.”

En su poesía dedicada a los “niños” Sabella construye sus famosas “fábulas bobas” donde las imágenes no exhiben el corolario correspondiente: de ahí su adjetivo de “boba”:

El comienzo de su “Segunda fábula boba” expresa:

*“Con gafas de nieve
pasea el pingüino.
Solemne se mueve,
Solemne y ladino”.*

Para concluir del modo siguiente:

*“Llorando camina,
muy triste el pingüino.
Pero, la pingüino
No sale al camino”.*

Otro mecanismo empleado por Sabella lo constituirá la forma dialógica, como se puede apreciar en “Testamento del Mar”, “Guiñol del puerto”, “Dialogo del Marino y las Sirenas”, etc.

El tono fuerte impresiones visuales y cascadas de palabras que Sabella emplea constituye su propósito de alterar la “realidad fea” de la infancia en Chile, donde, desde la pobreza y el hacinamiento populares, rescatar los rincones “impresionistas” de los días únicos, felices y luminosos de los niños. Para ello, es necesario que no sólo el vate se convierta en uno “niño” más, sino que “restablezca” las reglas imaginarias de todo juego infantil con su significado.

Aquello se puede apreciar en la mayoría de los poemas sabellianos donde, como hemos visto, algunos volúmenes recogerán exclusivamente esta clase de versos, conjuntamente con cuentos que rescatan los frisos de una “interpretación” para los niños, de los momentos más especiales del Cristianismo.

Concluyamos este parágrafo consignando su experiencia en la pampa salitrera en la década de 1950.

Escribe en “Semblanza del norte chileno” :

“Conversando con niños pampinos para una antología de la expresión poética infantil chilena, colectamos ejemplos notables que son el más límpido entendimiento y encendimiento de los atributos del Norte:

1. *“El salitre es una paloma blanca que reposa en mi mano”, Ana González Rojas, 12 años, Escuela N° 24, “Oficina” Pedro de Valdivia, 31 de mayo de 1954.*

2. *Los “rajos” son los surcos de los cuales se saca el salitre, que es el corazón de la pampa”, Gilda Castillo, 13 años, Escuela Superior Coeducacional N° 5, “Oficina” María Elena, 21 de agosto de 1951.*

3. *“El pimiento. Cuando me siento debajo del pimiento, me siento muy feliz”, Alfredo Vitaglich, 10 años, Escuela del campamento Americano, “Oficina” María Elena, 12 de abril de 1954.*

4. *“El viento es el alma del espacio”, Pedro Núñez, 13 años, Escuela de Hombres N° 51, “Oficina” Victoria, 13 de agosto de 1951.*

5. *“La pampa cuando está de noche. Las casas parecen cajitas de muñecas”, Celia carrillo, 13 años, Escuela N° 44, “Oficina” Victoria, 13 de agosto de 1951.*

6. *“La piedra es la cáscara de los metales”, René Salas, 13 años, Escuela Superior Coeducacional N° 5, “Oficina” María Elena, 21 de agosto de 1951.” (Sabella,1986:17-18)*

EL INDÍGENA COMO “OTRO”: COSIFICACIÓN DE LO ATACAMEÑO Y
PERSONALIZACIÓN DE LO MAPUCHE

Hemos indicado que Sabella conoció de modo fragmentario la cultura atacameña. El principal libro sobre la historia regional, las “Narraciones históricas de Antofagasta” de Isaac Arce Ramírez, que se publica en Antofagasta en 1930, dio lacónicas noticias sobre los aborígenes regionales. Sabella tuvo el volumen de Arce como una de las fuentes inesquivables. No obstante, su paciente lectura de las crónicas coloniales hizo de Sabella un conocedor de las virtudes del pueblo mapuche. Manejó y fue un estudioso de los autores mayores: las relaciones y crónicas de González y Marmolejo, Pineda y Bascuñán, el Abate Juan I. Molina, sin mentar las Cartas de Pedro de Valdivia; textos a los cuales destinó variados artículos e incluso acercamientos monográficos.

El rescate de lo atacameño conllevó en Sabella otra estrategia discursiva: el *anonimato* en que se movió su pueblo, sin hombres-representativos, carentes de un cantor como Ercilla u Oña, conduce a Sabella a rastrear su presencia en los objetos de su cultura: la cerámica, sus textiles, sus pueblos. En ellos se representa la cosificación de un pueblo en su caminar colectivo y anónimo. Sabella en su panorama del descubrimiento del salitre que trae en su novela “Norte Grande” dedica un boceto a un indígena del norte chileno: Hermenegildo Coca. Asume la parquedad del indio:

“Hermenegildo Coca está callado... Parco el indio, llena la ansiedad de su patrón con enormes interrogantes... El indio se mira las sandalias de pies de guanaco.” (Sabella; 1944: 24-25)

Distinto es en el pueblo mapuche, donde Sabella recoge y reconstruye con pinceladas notables no sólo la epopeya sino su entronque con el alma nacional: el alma tiene una *personalidad* en el pueblo mapuche y ésta se simboliza en sus hombres y mujeres cantadas en los siglos coloniales.

En su mención de las momias de Chiu-Chiu -poema “Momias de Chiu-Chiu”- se plantea lo antaño de un pueblo:

*“Sentadas encima de vuestra muerte,
tan oscuras,
flacas,
flaquísimas,*

*sonrientes por la cosquilla de los vientos,
clavando el día en el filo de vuestras
rodillas,
formáis la tertulia desolada.” (Sabella,
1963)*

Más expresivo y definidor de su aproximación al pueblo atacameño es el significado que el poeta otorga a los pueblos de aquella comarca:

“El Ande sopla su amor sobre los pueblos: Chiu-Chiu se alborozó en la vieja campana de su capilla, donde los santos de madera chorrean tiempo por los ojos. Ayquina baila a la Virgen de Guadalupe, iluminando el día con el color de sus “promesantes”. El Pukará de Lasana dormita en sus piedras. Llamas y ovejas mueven la luz en Machuca, Río Grande y Talabre. En la T de Toconce y Toconao, cuelgan tejidos, y artesanos silenciosos crean, allí, la diminuta humanidad de sus contornos. Caspana enflora a sus llamas y a sus muertos, trabaja la “minga” en un solo impulso de hermanos y golpea, alegremente, el bombo del Carnaval. Y San Pedro de Atacama es la flor de la Arqueología, una flor de polvo en el regazo de sus momias.” (Sabella; 1978a)

Habría que hacer notar que nuestro autor destinó parte de su tiempo en la década de 1960 a recrear parte del folklore andino, precisamente, con el Conjunto Folklórico de la Universidad del Norte, primera entidad que rescató las costumbres y fiestas patronales de la precordillera atacameña (González Pizarro; 1996: 190-194).

La descripción apunta a una visión sincrética de la cultura atacameña: ya cristianizada (sus iglesias, los promesantes) y la presencia humana se esconde en la “minga”.

El boceto que exhibe del pueblo mapuche apunta a la visión heroica y épica pero también a su mirada actual, perspectiva antropológica, antitética de un pasado glorioso, que se disemina en las urbes. Un contraluz de fuerte prosa.

Sabella en “Chile, fértil provincia” destinó un apartado bajo el rótulo “Retratos de Araucanos y elogio de la trutruca”, a bocetar los “momentos” de un Caupolicán y la prueba de fortaleza -tres días llevando a cuestras el tronco- (“Al fin nadie dudó: Caupolicán debía ser el jefe, un cacique más fuerte que un tronco de árbol”); Colo-Colo y el sentido de la unidad mapuche (“viejísimos, blanco de sabiduría”); Michimalonco y la destrucción de Santiago (“Era una lanza ardiendo. La de Michimalonco. El bravo, casi el de piedra”); Lautaro

y la estrategia (“El explicaba los combates como asaltos de mareas...”); Galvarino y su sacrificio (“No tenía manos. ¡Pero su corazón era un roble cargado de manos!”); Fresia y la templanza (“La tarde que devolvió el hijo a Caupolicán, los pumas lloraban en su corazón...”); Guacolda y su duelo (“Sus lágrimas y la sangre del guerrero formaban una alianza santa con la tierra, ¡ con su tierra!..”).

El encuentro del poeta con un heredero del pueblo guerrero, en una ciudad, recogido en “El indio en la ciudad” es expresivo de la fraternidad con el dolor y con la continuidad de una historia única:

“El indio llora en la trutruca, es un lamento el sonido que la trutruca lanza, nada más que un lamento, dolor de pájaro escondido adentro de la madera, selva que gime cuando el indio toca.

Yo he visto a un indio mal trajeado, cuyas espaldas pedían a gritos el poncho, en una esquina de la ciudad, con su trutruca llena de pena. Las gentes le miraban, indiferentemente. La canción salía avergonzada, como un niño perdido en medio de tantas cosas. No tenía yo qué darle, puesto que los poetas no somos hombres de cargar dinero. ¿pero lo acompañe oyéndole una mañana entera!” (Sabella, 1976)

EL OBRERO PAMPINO COMO “OTRO”: EL ARQUETIPO VIVENCIAL

Sabella no escapó al embrujo de la tipología que Eulogio Gutiérrez tentara en 1909, precisamente, en un libro que llevó por título “Tipos Chilenos”, publicado en Antofagasta, en 1909.

Conociendo al obrero urbano destacó en el proletariado del salitre no sólo condiciones sociales similares, sino que asignó a éste la estatura de protagonista de la épica de la reivindicación social, por un lado, pero, a la vez, una síntesis de las potencialidades físicas como psicológicas del elemento popular chileno, representado, a juicio de Sabella, no en el campesino o en el huaso, sino, en el minero en general. Dentro de la gama de oficios mineros, sobresalió los ejercidos de modo genérico por el obrero pampino. Fue Sabella, precisamente, quien rescató el primer canto al obrero y a la tierra salitrera: Clodomiro Castro, “Las pampas salitreras” (Sabella; 1960).

Y había expresado en 1957 :

“El caliche y el “roto” somos hermanos: ambos viajamos por la tierra, fecundando futuro: él preña mujeres; yo preño y mejoro entrañas más hondas...” (Sabella; 1957: 73).

El cuadro humano que pinceló del pampino, en su gestación social, Sabella distinguió matices en el pampino, según fuese iquiqueño o antofagastino. Pero, a ambos los unió el terruño:

“La pampa labra un hombre de esfuerzos, recio y de musculatura superior, distinto del hombre del mar, del campo o la montaña, un tipo suculento de hombre en paridad de violencias con el páramo, donde sus carnes se tostaron al rojo de un sol de manicomio. El pampino no es ni vano ni banal. La pampa se vertió en sus arterias, adornándole de austeridad. La pampa le quemó en óleos de volcán y le arrasaron lo superfluo. El pampino fue enrojecido por el pellejo y el ánimo, el sol primero; y la máquina después, le patinaron, sangrientamente...

La naturaleza bárbara talló el cuerpo del pampino. El maquinismo destrozó la actitud reverencial. La Respiración del progreso henchió el pensamiento pampino; las máquinas aparejaron la protesta y el Libro aleccionador: la rojez interna del pampino saltó del sol loco de una rueda, del silabeo de una Canción:

“Soy socialista
y amo al progreso:
¡muere por eso,
capitalista!”.

El pampino es el chileno sublimado en el vasto crisol del desierto: mezcla de Patria y de Mundo”.

En su novela “Norte Grande” arropa al hombre en tránsito hacia el “empampado”:

“Con un sombrero de anchas alas, una bufanda, una faja de lana y los fieles “calamorros”, comenzaban la aventura del desierto los que pretendían cruzarlo con tranco de ambición. Un tarro lleno de agua, o una botella, serían el talismán de buenaventura” (Sabella; 1944: 75).

Imágenes que había adelantado, después de su experiencia en la “Oficina Pedro de Valdivia” en 1934, en su poema “Obreros del salitre”, donde recoge el contraste con los “otros” chilenos y donde la cotidianeidad de la violencia y la confluencia de otras experiencias de Mundo se hacían presentes en sus hombros y mirada:

*“Hombre, al revés de los otros
mano
estrujando
a la violencia,
pedazo de ala
que falta al impreso.
Enredado en tus cabellos
Se amustia el silencio
Bisertos con tu perfil al viento
Muerdes el desierto.
Como a cuero endurecido
La piedra consolida tus ademanes,
Hace tu aliento la “camanchaca”;
Y domas la pena con tu gesto.
Tus músculos segregan espejismos
Y en medio de tu pecho cabe la pampa.
Tu calor madura al Mundo” (Sabella;
1935).*

En su poema “Catálogo de la soledad”, de su libro “Hombre de Cuatro Rumbos”, Sabella centra su canto en el hombre pretérito, aquél que vivió la bonanza del caliche y ha desaparecido de modo anónimo:

*“¿Descansáis?. Muertos que devoró el
desierto,
a vosotros hablo: quiero entrar a vuestra
calle de dura soledad,
de la que las palomas volverían
convertidas en gotas de espanto
y alumbra una luna de osamenta.
.....
pobres esqueletos sin más epitafio que el
inventado por los vientos,
.....
Fuisteis los vagabundos, inmensamente,
amargos,
Que arrastraron la pobreza, de “oficina”
en “oficina”,*

.....
*varones pateados por metralla y por
 miseria:
 sois el rumor grave y seco que corre en el
 caliche,
 el tono de sangre maltratada y la acritud
 del yodo,
 las sales amoniacaes cuando sacan su
 espada!"*

El tratamiento del obrero pampino lleva a Sabella a plantearlo de modo dual: en su novela "Norte Grande" el tránsito del hombre es desde la individualidad, de un Tito Soto, Luis Olave:

"La pampa le había dado a Tito Soto una fisonomía de más, a su primitiva de varón del Archipiélago había adherido esta otra, de siervo de la puna. Diez años de pampa. Cargador: sacos de cien kilos, de ciento diez kilos, su espina dorsal era de acero. Capataz de cuadrilla de cargadores. Capataz "suelto" (Sabella; 1944: 115).

"Luis Olave...es un viejo cincelado por el viento pampino...En su memoria ya no caben los años. En un lejano "enganche" partió, ilusionado, hacia el desierto" (Sabella; 1944: 341), a la transformación de un Rosendo Aguilera, en el anonimato de un número el 3785," es decir, ha logrado trabajo en la abrumadora "Pedro":

"Largos días anduvo ocioso y anhelante, a la deriva, en la Oficina, aguardando el momento en que, por fin, pudiera emplearse. De cualquiera cosa...Un mero número, el 3785, bastaba para devolver su júbilo...Rosendo Aguilera acababa de morir como tal, para pasar a ser el 3785 simplemente. ¿Importaba aquello?. En manera alguna. Si por un lado el hambre punzaba con su inclemente ademán y por el otro crecía la salvación, a cambio de un nombre y un apellido, la elección era clara. Y él había designado su nuevo destino. El de 3785" (Sabella; 1944: 229).

La apropiación del código lingüístico pampino en los bocetos humanos y en las situaciones, conlleva en la creación de Sabella el *reconocimiento* pleno no sólo de su significación simbólica del obrero pampino (huelgas, masacres, sufrimientos), que constituye la epopeya reivindicativa del proletariado, sino la propia experiencia de vida, la cotidianeidad común a todos los obreros pampinos, militantes o no, como se aprecia en su poema Habla Abilio Rojas, antiguo pampino:

*“En esta pampa fatigué las manos,
 me tutearon el combo y la barreta.
 Era mía la boca de la grieta,
 Mío el viento de labios casi humanos.
 En los montes reconocía hermanos,
 Nitrato y el sol cargaba mi carreta.
 ¡Hasta la sed oscura fue una veta!
 Mi sudor quemó el vientre de los llanos.
 Sobre las huellas machaqué el fracaso.
 De la robusta luz hice cuchilla
 Para vaciar los tuétanos al día.
 Caballero de nada y cielo raso,
 Mi corazón fue perro de cuadrilla,
 ¡un corazón que muerde todavía!”
 (Sabella; 1978a: 114).*

BIBLIOGRAFÍA

- Bravo Elizondo, Pedro; Guerrero Jiménez, Bernardo. Historia y ficción literaria sobre el ciclo salitrero en Chile, Iquique. Ediciones Campvs. Universidad Arturo Prat; Iquique, 2000.
- Castro Clodomiro. Las pampas salitreras, Cuadernillos HACIA (La Tierra, el Hombre, la Poesía), N°30; Antofagasta, 1960.
- Cruz, Manuel. ¿Hay alguien ahí? (Sobre el derecho al reconocimiento). Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, N° 82; Barcelona, 2001.
- González Pizarro, José Antonio. Breve bosquejo de la pampa y del hombre nortino en la literatura chilena”, Anales de Literatura Hispanoamericana; Madrid, 1983.
- La Universidad Católica del Norte y el desarrollo regional nortino 1956-1996; Antofagasta, 1996.
- Una cala sobre el imaginismo en La faja colorada. Relato inédito de Andrés Sabella”, Cuadernos de la Escuela de Derecho. Derecho, Filosofía e Historia, Universidad Católica del Norte; Antofagasta, 2003.
- Emilio Vaïsse y Aníbal Echeverría y Reyes y la cultura atacameña: claroscuros entre la tradición y la modernización, 51 Congreso Internacional de Americanistas, 14-18 de Julio; Santiago, 2003a.

- Mistral, Gabriela. Obras selectas, Vol.IV.Recados contando a Chile; Santiago, 1957.
- Ortega y Gasset, José. Ensismimamiento y alteración. Meditación de la técnica; Argentina, 1939.
- Perrot, Dominique y Preiswerk Roy. Etnocentrismo e Historia. América indígena, Africa y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental; México, 1979.
- Pinto Rodríguez, Jorge. La formación del Estado y la acción y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión, Dibam; Santiago, 2003.
- Sabella, Andrés. Norte Grande. Novela del salitre; Santiago, 1935.
- Obreros del salitre, Revista Zig-Zag, 9 de Agosto; Santiago, 1944.
- Razón y voz de los minerales en Nicomedes Guzmán, Autorretrato de Chile; Santiago, 1957.
- Canciones para que el mar juegue con nosotros; Santiago, 1964.
- Un niño más el mar; Santiago, 1972.
- Dura lanza; Santiago, 1973.
- Chile, fértil provincia...; Santiago, 1976.
- Hombre de cuatro rumbos; Santiago, 1978.
- El mar tiene veinte años; Santiago, 1978.
- Semblanza del norte chileno.Seguida de once romances de feria del Guitarrón de Taguada; Santiago, 1986.
- Zimmermann, Klaus; Bierbach, Christine (Eds). Lenguaje y comunicación intercultural en el mundo hispánico, Biblioteca Ibero-América; Alemania, 1997.